Cuando hemos querido alejarnos esta mañana del pozo de Kakreb, donde hemos pasado la noche, no hemos podido hallar á la señora Beatrix. La han llamado, la han buscado en vano, y se han mandado intérpretes en todas direcciones; pero no se la ha podido encontrar.

Uno de los camelleros dice que no ha dormido en toda la noche y que no la ha visto entrar en su tienda de campaña.

¿Se la habrán llevado algunos beduínos demasiado inflamables?

Sería horrible... para ellos.

XXXIII

«Esperamos á Beatrix Poles por espacio de una hora más, y viendo que no volvía nos pusimos de nuevo en marcha.

¿No nos había dicho muy á menudo que no nos inquietáremos por ella, que no era mujer de perderse y que si se perdía alguna vez sabría encontrarse? No era tampoco probable que hubiese vuelto atrás: debía haberse marchado durante la noche, acometida por uno de aquellos accesos de locomoción, precediendo así la caravana. Teníamos, pues, más probabilidades de hallarla continuando nuestro camino que permaneciendo parados.

No podíamos, sin embargo, dejar de sentir alguna inquietud, pues Beatrix Poles, á pesar de sus excentricidades y sus ridiculeces, es una mujer tan buena y tan valiente, que se ha granjeado la simpatía de todos nosotros. Periéres me propuso poner nuestros caballos á galope para ir en busca de nuestra compañera de viaje, y yo acepté, dejando la caravana algunas horas detrás, bajo la dirección de la señora de Guéran.

No corríamos peligro alguno de perdernos; el pozo de Kakreb, de donde acabábamos de salir, se hallaba á la entrada de un pequeño valle que nos era fácil seguir. Dos grandes montañas casi perpendiculares, el Badab á la derecha y el Waou-Inte á la izquierda, nos tenían como prisioneros y nos trazaban el camino.

Hacía unas dos horas que galopábamos por aquel vasto llano sin ver aparecer nada en el horizonte y empezábamos á experimentar una verdadera inquietud, cuando Periéres acercó su caballo al mío, y me preguntó:

—¿No veis una cosa allí á lo lejos? ¿Es un árbol, una roca ó un ser humano?

—Se mueve—dije después de un momento de examen.

—Parece que sí; en efecto,—repuso Periéres.—Corramos si os parece hacia aquel lado. Nos hallaremos tal vez frente á algún beduíno; pero ya casi sabemos pronunciar algunas palabras árabes, y acompañándolas de ademanes expresivos, podremos tal vez hacer que nos comprenda.

Mi amigo espoleó al caballo sin esperar mi respuesta, y yo hice otro tanto.

No nos habíamos equivocado, se trataba de un ser humano; pero ¿á qué sexo pertenecía? No lo sabíamos aún: el albornoz de un árabe puede confundirse de lejos con el vestido de una mujer.

Deseando tener la certeza de ello, apretamos más á nuestras monturas. Al cabo de un momento vimos que apenas nos aproximábamos á aquella persona. Por más que iba á pie, era indudable que tenía un paso asombroso.

En fin, no quedó ya duda; era la señora Poles que andaba á pasos acelerados; un paso desconocido de nuestras tropas, una especie de carrera vertiginosa, y sin embargo, regular.

Desaparecía toda su persona; sólo se veían sus piés, que no parecían tocar al suelo, que volaban, y cuya vista causaba vértigos. Aquello no era una mujer, era el judío errante recorriendo el mundo, devorando el espacio, escalando las montañas, salvando los ríos y los mares, pasando de un polo á otro.

Cuanto más nos acercábamos, más apresuraba su carrera la señora Poles. ¿Quería huír de nosotros? ¿Se complacía en luchar con nuestros caballos y esperaba vencerlos? No esperaría ganarlos en alguna carrera recta de algunos kilómetros; pero tal vez pensaba aventajarlos en una carrera de resistencia.

—¡Señora Poles!... ¡Señora Poles!...—gritó Periéres:—¡Por favor, detenéos! van á desbocarse nuestros caballos, y aún asi no llegaríamos nunca á alcanzaros.

No se dignó volverse, y continuaba en línea recta impasible, y como si estuviese impulsada por un resorte.

—Tiene cuerda para veinticuatro horas—dijo Periéres—mientras no se rompa la rueda catalina, no conseguiremos nada. Vamos á romperla.

—Rompámosla—exclamé.

Espoleamos á nuestros caballos, adelantamos á la señora Beatrix Poles unos veinte metros, dimos la vuelta con rapidez y la dimos una carga.

Siguió impasible, escurrió su cuerpo, tan delgado como una hoja de papel, por entre nuestras monturas, y continuó su carrera sin describir la menor desviación.

Teníamos que volver á empezar.

Después de haber dejado á nuestros caballos tiempo de respirar, emprendimos otra vez su persecución.

Cuando llegamos esta vez á su lado, Periéres la atacó por un lado y yo por otro, cogiéndola cada uno por un brazo.

Habíamos roto la rueda catalina, pero continuaba funcionando por costumbre: le quedaba la última vuelta. Nos arrastró unos diez ó quince metros, á pesar de los esfuerzos que hacíamos por sujetar á nuestros caballos.

Por fin se detuvo: hizo un movimiento brusco; desasiendo sus dos brazos, y nos dijo con tono furibundo:

—¿Qué queréis?

Nosotros no comprendíamos nada de aquello. ¿Qué tenía? ¿Por qué hablarnos de aque-

CAPILLA ALFONSINA

lla manera? ¿Por qué nos dirigía aquellas miradas al través de sus gafas?

Yo respondí con timidez:

—Señora Poles, estábamos inquietos; no sabíamos lo que os había sucedido.

—¡Ah!—dijo amargamente:—¡ahora pasan cuidado por mí; parece que las abisinias no forman parte de la caravana!

Aquello fué una revelación para Periéres.

En efecto, cuando salimos de Singate, nos pidieron permiso las abisinias para seguirnos hasta Kakreb.

Se lo habíamos concedido y habían usado de él con el mayor comedimiento yendo separadas todo el camino. Pero es más que probable que en la noche que paramos en los pozos de Kakreb, se acercase á ellas Delange con el deseo de conocer algunas costumbres del país. La señora Poles, cuyo corazón se había fijado en Delange, después de haber flotado entre Periéres, el doctor y yo, debió sufrir cruelmente al verse despreciada por unas extranjeras y se había marchado furiosa huyendo del infiel.

La primera respuesta á nuestras preguntas no debía sino convencernos que no nos habíamos equivocado.

—Pero en fin, ¿por qué ibais tan de prisa, por qué cansaros tanto?

—Para rendir el cuerpo—dijo bajando los ojos,—los dolores del cuerpo curan á veces los del alma.

—Pues qué, ¿sufrís?—la preguntó Perières, haciendo poderosos esfuerzos para no reirse.

—¡Que si sufro!—exclamó.

Y al decir esto levantó los ojos al cielo, como si quisiera tomarlo por testigo.

—Señora Poles—repuso con dulce voz,—no es justo que huyáis de nosotros porque sufráis. Periéres y yo no os hemos hecho nada, y sin embargo nos habéis tenido con mucho cuidado toda la mañana.

—Es verdad—dijo conmovida por mi elocuencia;—he sido injusta, dispensadme.

Y al decir esto, nos tendía las dos manos, estrechándolas nosotros con mucha convicción.

—Si descansásemos un poco á la sombra de aquel árbol hasta que llegue la caravana—propuso Perières.—Ya sabemos que no estáis cansada, pero nuestros caballos no pueden respirar.

—Bueno—dijo,—tanto más cuanto que tomaría algún bocado.

—Nosotros también; esta carrera nos ha abierto el apetito, pero nuestras provisiones se han quedado sobre los camellos.

—¡Ah!—dijo la señora Poles,—no importa, yo siempre llevo algo encima.

Sacó de una bolsita que llevaba una porción de exquisitas provisiones, lo cual nos probó que si su corazón sufría, en cambio su estómago no dejaba nada que desear.

Cuando vimos aparecer la caravana, Periéres montó á caballo y corrió á decir á la señora de Guéran que habíamos encontrado á su dama de compañía.

Al quedarme solo con la señora Poles me

entregué á una sesión de homeopatía moral; la apliqué el sistema de los asimilables por los asimilables; *similia similibus;* intenté curar su amor con otro amor y sustituir al voluble Delange por nuestro amigo Periéres. Era jugarle una mala pasada á este último, pero también era preciso consolar á nuestra compañera de viaje y reemplazar su enfermedad por otra. Tanto alabé á Periéres, tan tierno le pinté, tan sentimental, tan lánguido, la dí á entender tan hábilmente que estaba enamorado de ella, que al cabo de una hora de conversación volvió á aparecer la sonrisa en los labios de la inglesa y su corazón vislumbraba nuevos horizontes.

—Está muy bien—me dijo Periéres cuando se lo dije,—yo tomaré mi revancha.

XXXIV

«Al hacer alto por la tarde cerca del pozo de Raouai, nos sorprenden los habitantes de un campamento vecino, y vienen á pedirnos medicamentos.

Esto es cuestión de Delange; accede gustoso, hace que formen un círculo alrededor de él é intenta interrogarlos, por mediación del intérprete, acerca de la enfermedad que cada

cual pretende tener. Pero los nuevos clientes del doctor hablan todos á la vez, acompañando sus palabras con gestos y gritos. Se empujan y achuchan para colocarse todos al lado del doctor y llaman su atención, con lo cual logran armar un escándalo mayúsculo.

Nuestro amigo renuncia muy pronto á concederles una consulta seria, y para librarse de ellos y hacer algo que parezca de medicina, los manda á todos que saquen la lengua. Al mismo tiempo aparecen unas treinta lenguas hacia el doctor.

Las pasa revista con la mayor seriedad del mundo, y mientras sus clientes permanecen con la boca abierta, hace que le traigan en seguida su botiquín, lo abre y saca píldoras purgantes, administrando una á cada uno.

Mientras dura la operación, le oímos murmurar estas palabras, que no entienden los enfermos y atribuyen un sentido mágico: «Si no te hacen bien, tampoco te harán daño.»

Nos fué imposible contener la risa; pero los habitantes de aquel campamento se marcharon contentos y satisfechos, dejándonos en paz.

Hoy el calor es sofocante desde que ha salido el sol; uno de nuestros caballos ha amanecido malo; el asno de José, cansado de su jinete, se ha tumbado en la pradera, y no hay fuerzas humanas que le hagan levantarse.

En cuanto á los camelleros, están intratables; en lugar de reunir y cargar á los animales como siempre, se disputan, perdiendo su tiempo y el nuestro. Parece que se han conju-

rado con el cielo, el caballo y el asno para tomarse un día de descanso.

—¿Por qué no cedemos por esta vez?—preguntó la señora de Guéran.

—Sería darles un mal ejemplo—observó Periéres.

—Si no es más que eso, yo me encargo de restablecer el orden cuando sea necesario.

—Entonces, vamos á darles la fiesta que parecen desear para que no crean que nos intimidan.

—Sea; ¿pero qué vamos á hacer de nuestra mañana? ¡Si tuviera clientes tan numerosos como los de ayer! Pero mi tratamiento debe haberlos curado y no volverán.

—Propongo la ascensión á aquella montaña—dijo la señora Poles.—El plano que tengo á la vista la señala con el nombre de Djebel-Gurrat, y los naturales del país la llaman Beit-el-Pharaón, es decir, la casa de Faraón. Es de granito y según dicen muy curiosa; en ella se encuentran numerosas cisternas naturales. Bastarán dos horas para llegar á la cumbre y en ese tiempo pueden descansar los criados y los animales.

—Es excelente la idea de la señora Poles—exclamó Periéres;—aprovechemos la ocasión de visitar una de las últimas montañas que encontraremos.

Pusímonos los cinco en marcha, acompañados sólo de nuestro intérprete Alí y dos beduínos que conocían el país y llevaban las provisiones que habían de servirnos de almuerzo.

José, como era natural, pidió permiso para

que le excluyeran de la partida y se quedó tumbado al lado de su burro.

La montaña estaba, como todas las montañas, mucho más distante de lo que al pronto creyéramos, y el calor se iba haciendo insoportable. Pero estábamos decididos á retroceder lo menos posible y á allanar todos los obstáculos, á fin de irnos acostumbrando á las fatigas y á los rayos del sol.

A la una, y cuando según nuestros cálculos, deberíamos regresar, alcanzábamos las primeras escarpas de Djebel-Gurrat. Cuando empezábamos la ascensión, los dos beduínos nos señalaron unas nubes muy grandes é intentaron disuadirnos de proseguir. Por toda respuesta, mandamos á uno de ellos que nos precediese, y al otro, que fuera al campamento en busca de las caballerías, á fin de que las halláramos á la falda de la montaña á nuestro regreso. De este modo se conciliaron en lo posible los proyectos de ascensión.

Conforme íbamos subiendo, se ponía más oscuro el cielo. Pero aquellas nubes prometían una lluvia benéfica, que nos agradaba mucho.

—¡Qué buena ducha vamos á recibir!—exclamó Perières.

—Me regocija solo el pensarlo—dijo Delange,—y ya me parece que hace menos calor; ¡lo que puede la imaginación!

No era la imaginación. Corrientes atmosféricas, mensajeras de la tormenta, refrescaban el aire. Bien pronto fué más fuerte el trueno, que rugía sobre nuestras cabezas hacía una

hora; las detonaciones se repetían sin interrupción.

Al trueno siguió el viento. Se desencadenó con asombrosa rapidez; grandes pedazos de piedra desprendidas de la montaña, rodaban en torno nuestro. Las nubes habían bajado hasta nosotros, envolviéndonos, llenándonos de vapores, y dejándonos en las tinieblas.

Todo se doblaba, todo se rompía, todo cedía al impulso de la tormenta, y corríamos un peligro grande, abandonados allí, á merced de una roca que pudiese aplastarnos.

Pasó la tormenta sin tocarnos, pero en seguida aparecieron otras nubes que se deshicieron en una lluvia torrencial.

Nuestro intéprete Alí, que se había separado de nosotros hacía un momento, volvió á nuestro lado. Acababa de encontrar un refugio y nos conducía hacia él. Era una cisterna natural, de las que ya he hablado, una excavación de algunos metros, defendida por un peñasco enorme. Este agujero estaba completamente seco y algunas piedras colocadas hábilmente por la Naturaleza facilitaban su bajada.

Las señoras siguieron sin vacilar al intérprete, felicitándole por su hallazgo, y acompañándolas también Periéres.

—¿Vos no venís?—me preguntó Periéres.

—No—repuse,—no me gustan las cavernas, y además estoy empapado; de modo que de nada me sirve ya resguardarme.

Me quedé á unos veinte metros de donde se habían guarecido mis amigos.

Aumentaba la lluvia y la oscuridad. La ráfaga que había parecido respetarnos volvía sobre nuestras cabezas más amenazadora é impetuosa. De pronto oí un ruido terrible; rodaron á mis pies troncos de árboles precipitados por la montaña; al mismo tiempo pasó por mi lado una inmensa masa de agua después de haber derribado todos los obstáculos, y fué á precipitarse en la cueva que servía de refugio á nuestros amigos.

Vos hubieseis corrido á auxiliarlos, ¿no es cierto?

Pues yo caí de rodillas derribado por la ráfaga, transido de dolor y loco de desesperación.

XXXV

Pronto volví de aquel movimiento de debilidad. Me apoyé sobre las manos y las rodillas, arrastrándome como pude hacia la cisterna, convertida ahora en la tumba de mis amigos.

Las aguas, que habían vencido ya todos los obstáculos, corrían con menos fuerza. Un momento antes me hubieran arrollado si hubiera intentado atravesarlas; ahora me arrastraban sobre el granito, pero mi cabeza las dominaba y no perdía la respiración.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO